
INFLUENCIA DE LOS CLÁSICOS LATINOS EN VALERA

JULIÁN GARCÍA GARCÍA
ACADÉMICO NUMERARIO

Discurso de apertura del año académico 1999-2000.

Las poesías de don Juan Valera vienen precedidas por la carta-dedicatoria que éste dirige desde Washington en julio de 1885 a su amigo don Marcelino Menéndez y Pelayo; en ella le recuerda la promesa de comentar o ilustrar sus versos con notas eruditas, versos que de esta suerte se entenderán mejor. “Usted prometió -le dice- hacer este trabajo y acudo a usted ahora para que me cumpla la promesa”. “Las notas tendrán además -continúa- el atractivo picante y chistoso de la inaudita novedad, pues hasta el día, que yo sepa, sólo se anotaron los clásicos ilustres y no algo que no sabemos aún de fijo si será poesía o no será poesía, y que se salvó como por milagro del río del olvido”.

Don Marcelino naturalmente cumple su promesa, pero antes de estas acertadas notas y en una especie de preámbulo afirma: “La empresa tiene para mí tanto de grata como de dificultosa. La especial calidad de estos versos, que el docto prologuista de la primera edición (se refiere a don Antonio Alcalá Galiano, tío de Valera) calificó muy atinadamente de poesía sabia; la variedad de sus orígenes, derivada de la rarísima cultura del autor; el jugo de ideas y de doctrinas que muchas de estas composiciones encierran; las alusiones históricas, mitológicas y geográficas que en otras abundan, harían el comentario de ellas, si con rigor se hiciese, no menos voluminoso que el de Herrera o Garcilaso, y exigirían en el comentador tanta copia de erudición, por lo menos, como la que mostraron Faria y Sousa anotando a Camoens, o Salcedo Coronel a don Luis de Góngora, o Clemencín a Miguel de Cervantes. Para lo segundo me siento sin caudal y sin fuerzas, y lo primero quiero evitarlo a todo trance, por no incurrir en el vicio de intolerable prolijidad”.

En el mismo aprieto que don Marcelino me encuentro yo hoy ante ustedes -si se puede comparar lo grande con lo pequeño, “si parva licet componere magnis”, al tratar de detectar, mostrar y comentar muchas de las alusiones, muchos textos

y frases de autores latinos que su voluminosa obra encierra. Lógicamente mi trabajo no pretende ni puede ser exhaustivo, so pena de caer en el vicio de intolerable prolijidad a que se refería don Marcelino y de tenerles a ustedes clavados en sus asientos hasta altas horas de la noche, cosa que tampoco ustedes me iban a permitir; y, por supuesto, tampoco mi erudición es tan copiosa, repito nuevamente, si se puede comparar lo pequeño con lo grande.

Y ya que hemos soltado la primera frase latina -por ahí se dice latinajo-, empecemos por aclararla: Virgilio la utiliza en varias ocasiones -Valera la toma de Virgilio- cuando trata de comparar una cosa grande o importante con una pequeña. Así en el libro IV de las *Geórgicas* (v. 176) Virgilio describe minuciosamente el trabajo incesante de las hacendosas abejas en la colmena, cada una cumpliendo con su misión, y compara este trabajo nada menos que con el de los Cíclopes, los herberos de Vulcano en las cavernas del Etna, cuyos nervudos brazos levantan sin cesar los martillos detonantes, y añade entre paréntesis: “si parva licet componere magnis”, si se puede comparar lo pequeño con lo grande, la pequeñez de las abejas con la grandeza de los Cíclopes. El pastor Títyro en la *Bucólica I* de Virgilio (v. 24) le anda comentando a Melibeo que él se figuraba Roma semejante a su aldeíta y le dice: “Sic parvis componere magna solebam”, (así acostumbraba yo a comparar lo grande con lo pequeño). Estos versos virgilianos los tiene muy presentes Valera cuando en *Doña Luz* (1878) habla del padre Enrique recién llegado a Villafría: “En suma, el padre Enrique o no supo o no quiso hacerse popular. También en él se cumplió la sentencia evangélica de que nadie es profeta en su patria”; y añade: “también por él si es lícito comparar lo pequeño con lo grande, pudo decirse que estuvo entre los suyos y los suyos no le conocieron”; claro, si se puede comparar -viene a decir- al padre Enrique con Jesucristo. Otra expresión similar encontramos en *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874) cuando la muchedumbre fervorosa de bermejinos acompañaba a su santo patrón y gritaba delante de él: “¡Viva nuestro santo patrón que es tamaño como un pepino y hace más milagros que cinco mil demonios!”, “expresión sincera de la persuasión en que estaban de que su santo, si es lícito buscar ejemplos en lo profano para lo sagrado y en lo material para lo espiritual, así como tal máquina de vapor tiene fuerza mecánica de tantos miles de caballos, tenía fuerza taumatúrgica nada menos que de cinco mil demonios, a pesar de lo pequeño que era”. Esta misma expresión vemos cuando Valera comenta la novela-programa de Eduardo Bellamy en 1890: “Bellamy, si es lícito aplicar a lo mundanal lo trascendente y explicar lo profano con frases que remedan frases divinas, se puede decir que no ha venido a derogar la ley de la Historia, sino a que acabe de cumplirse”. Pero es que Valera hasta corrige un texto latino que posiblemente y de memoria -que en este caso le traiciona- inserta en sus escritos de Historia y Política al ocuparse de los discursos leídos en la Real Academia Española por González Bravo y Nocedal (1863). En su razonamiento dice que los hechos presentes son consecuencia de los pasados y a su vez los futuros consecuencia de los presentes y al poner un ejemplo piensa en la democracia ateniense, la aristocracia de Roma, los Gracos, los Escipiones, el Sacro Imperio Romano, Carlomagno y la Inquisición y viene después a comparar este pasado histórico

con la figura y trayectoria política de Martínez de la Rosa, si es lícito servirse - dice- en lo pequeño de grandes ejemplos, “si licet in parvis magnis exemplibus uti”, aunque se le escapa un “exemplibus” que no es correcto. Aquí le sería de aplicación a Valera aquello del *Arte Poética* de Horacio de que “quandoque bonus dormitat Homerus” (v. 359), de que hasta el bueno de Homero mete la pata de vez en cuando.

Pero sigamos con la introducción. Valera es consciente de la importancia de la lengua y cultura latinas y siempre que puede aprovecha la ocasión para manifestarlo en sus escritos. Cuando en la Real Academia responde al discurso de ingreso de don Marcelino Menéndez y Pelayo (6 de marzo de 1881) y al hablar del misticismo en la poesía española dice: “La lengua latina, de donde la francesa, la italiana y la española proceden, es tan antigua en su raíz o más que la helénica. El origen inmediato de nuestros idiomas está en el latín y no hay para qué ir hasta el griego”.

En otra respuesta en la Academia al discurso de ingreso de don Francisco Commelerán (25 de mayo de 1890), Valera elogia su *Gramática* y dice de ella: “Ambas lenguas, latina y castellana, están allí hábilmente estudiadas y comprendidas, y el lector piensa que asiste a la formación de la primera y a su transformación en la segunda y que ve nacer de las raíces las palabras y trocarse éstas en otras por virtud de ineludibles leyes fonéticas. En su discurso de hoy, añade, nos hace patente el procedimiento evolutivo por donde las palabras latinas han venido a convertirse en castellanas, y a continuación se refiere a las reglas que han hecho nacer del latín el provenzal, el francés, el italiano, el rumano, el catalán, el portugués, el habla de Castilla y otros varios idiomas”.

En sus *Consideraciones Críticas sobre el Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* de Felipe Monlau (1856) Valera afirma: “La lengua latina, adulterada por la introducción de muchas bárbaras y modificada en el transcurso y rudeza de los siglos medios, vino a crear el primitivo romance castellano, que, pulido y hermojado después por eruditos y elegantes escritores, ha dado ser a nuestra bellísima lengua, en la cual se ve claro y patente el origen latino”.

Don Juan Valera, poco antes de morir escribe sobre la gramática histórica (estamos ya en 1905 y él muere el 18 de abril de ese año) y en estos trabajos de crítica literaria leemos: “El rumano, el italiano, el castellano, el catalán, el francés y el portugués son todos idiomas neolatinos. La lengua madre de que proceden es la lengua en que hablaba Cicerón y en que versificaba Virgilio... Lo que no se explica todavía satisfactoriamente, a pesar de la gramática histórica, es la rápida difusión del latín, y cómo pudo prevalecer suplantando a los idiomas indígenas en los diferentes países que fueron provincias del imperio romano; y añade más adelante: inútil es, pues, inventar latín ya corrompido a fin de explicar su ulterior corrupción y el nacimiento de las lenguas romances. No es esto lo difícil de explicar; lo difícil de explicar es la fuerza vividora, la virtud persistente con que el latín pudo difundirse en España para que casi todo su léxico y no poco de su morfología y de su sintaxis se conservaran a pesar de la invasión de los bárbaros del Norte y a pesar de la dominación, durante seis o siete siglos, de árabes y bereberes”.

Son concluyentes, finalmente, las palabras de Valera cuando en sus *Meditacio-*

nes utópicas sobre la educación humana se refiere al latín (1902). “Sin la menor vacilación considero yo convenientísimo, y no digo necesario porque en el mundo apenas hay nada que lo sea, el conocimiento de la lengua latina, cuyo estudio debe pertenecer a la primera enseñanza como complemento y preparación para matricularse e ingresar en los institutos”. Más adelante añade: “Las lenguas modernas del occidente de Europa proceden en gran parte del latín. Hasta la lengua inglesa, que muchos califican de germánica, acaso contenga en su léxico muchos más vocablos tomados del idioma del Lacio que los tomados del habla ruda de los invasores anglosajones o de las más antiguamente importadas por las tribus célticas. Por otra parte, continúa, aún suponiendo que las modernas literaturas y lenguas del occidente de Europa empezaron a florecer y, por consiguiente, merecen ser estudiadas y sabidas desde el siglo XII hasta hoy, todavía hay sobrado fundamento para afirmar que hasta fines del siglo XVI (y empezando a contar un siglo antes de la Era Cristiana tendremos un período de mil setecientos años) cuanto han pensado o imaginado los hombres en sus más altas especulaciones sobre religión y filosofía, sobre moral y sobre derecho, sobre cuanto se sabe o se cree saber, así de las cosas espirituales como del Universo visible, todo se escribió en latín, como en latín se escribieron las leyes, las narraciones históricas y los pactos internacionales. El latín, durante casi todo el tiempo que hemos dicho, fue el idioma universal y diplomático, y fue también el vehículo de que se valió el entendimiento humano para difundir sus creencias religiosas y sus doctrinas científicas y hasta para transmitir de una nación a otra sus leyendas y tradiciones, el tesoro de su poesía épica difusa, que, tomando más tarde nueva forma en las lenguas vulgares, tal vez fue el germen y contribuyó a dar el impulso inicial a gran parte, y no por cierto a la menos estimada y celebrada, de la nueva poesía, ya cristiana, ya caballeresca, si bien conservando siempre, a pesar de su transformación y mudanza, algo de la clásica antigüedad como núcleo, fundamento y base”. Creo sinceramente que no se puede hacer un elogio, una defensa mayor de la lengua latina.

Demuestran, pues, todos estos textos valerianos el conocimiento del latín que tiene nuestro escritor y la importancia que siempre concede a nuestra lengua madre, “alma mater” de las que de ella salieron. Ello se lo debe en una gran medida a su estancia en Nápoles en 1848 y 1849 como agregado sin sueldo, “ad honorem”, de la Embajada de España, donde a la sazón es embajador el Duque de Rivas. Allí se enamora perdidamente de Lucía Palladi, marquesa de Bedmar, desengañada de su marido, y ésta le incita a que estudie griego. “La Griega” la llamará él y el Duque de Rivas “La Muerta” por la palidez de su rostro. Allí escucha ensimismado sus lecciones y se va enamorando de ella y de lo que de ella aprende. Estudia, pues, griego, profundiza en sus conocimientos de la lengua latina, ya adquiridos en sus años de Seminario en Málaga a donde va con trece años a estudiar Leyes y Filosofía y seguidos después con diecisiete en el Colegio del Sacromonte de Granada. Procura también soltarse en la lengua italiana, cosa que hace sin esfuerzo por sus conocimientos del latín. En suma, me permito concluir que don Juan Valera tuvo éxito en sus escritos, adquirió renombre universal, gracias ante todo a sus cono-

cimientos de la lengua y literatura latina, que es el tema que nos va a ocupar. Y a modo de curiosidad: Ya lleva más de un año Valera en Washington y en una de sus cartas a Carmencita, su hija, le dice: “Celebro de veras que estudies y aprendas muchas cosas con esos maestros que me dices que tienes. Como en esta tierra son tan sabias las señoritas es menester que tú aprendas bastante, a fin de que no me parezcas poco sabia cuando yo vuelva por ahí y nos veamos”. Y añade: “Figúrate tú que por aquí hay señoritas que saben o dicen que saben latín, griego, filosofía, nigromancia y magia. Este país y estas gentes son de lo más extraño que te puedes imaginar”.

Muchos son los autores latinos que sirvieron de inspiración a don Juan Valera en sus escritos, unos lógicamente más preferidos que otros: siempre tiene a flor de labios, a flor de pluma, a Horacio en sus *Odas*, *Epístolas*, *Épodos* o *Arte Poética* y también a Virgilio en sus *Bucólicas*, *Geórgicas* o *Eneida*. Pero también son fuente de inspiración las poesías de Catulo, los epigramas de Marcial o los *Tristia*, los *Fastos* y las *Metamorfosis* de Ovidio. Tiene además en cuenta las comedias de Plauto y Terencio, las sátiras de Juvenal, las fábulas de Fedro o el poema “De rerum natura” de Lucrecio. En resumidas cuentas Valera recrea los autores latinos en su voluminosa obra, especialmente, como vemos, los poetas, sin descuidar y sin dejar de citar entre otros a Cicerón, Salustio, Suetonio, Quintiliano, Floro, Apicio o Vegecio.

Variados son igualmente los temas, las teorías, los pensamientos que afloran en sus escritos siempre avalados por la frase precisa del autor latino, primero que la acuñó. ¿Quién no ha oído hablar, por ejemplo, de la “aurea mediocritas”, de la dorada medianía, de contentarse cada cual con lo preciso para vivir?- “In medio stat virtus” reza el proverbio latino, la virtud está alejada de los extremos. Pues bien, este tema, junto con el deseo de huir del mundanal ruido, son una constante en los escritos de Valera; pero a Valera le pasa como a Martínez de la Rosa: Éste desea morir en las “márgenes sagradas” del Darro, pero sigue en la embajada de París o en la presidencia del consejo de Ministros y no se va a los cármenes umbríos de Granada, lo mismo que Valera añora irse a Cabra o Doña Mencía para allí terminar sus días, pero nunca lo hace. El poeta por excelencia de la “aurea mediocritas” es Horacio: “Auream quisquis mediocritatem / diligit...”, el que ama la preciosa medianía... Es la oda 10 del libro II, una oda moral dedicada a Licinio Varrón Murena, hermano de Proculeyo y cuñado de Mecenas, y en ella viene Horacio a decirle que tanto en la fortuna adversa como en la favorable se debe guardar una medianía e igualdad de ánimo. Otra oda, ésta la 16 del libro III, dedicada a Mecenas, abunda en el mismo tema: que la mayor bienaventuranza humana consiste en la medianía. También Ovidio, aunque aquí no en sentido figurado, aboga por el término medio. “inter utrumque vola”, vuela entre uno y otro elemento le dice Dédalo a Ícaro, su hijo, prisioneros ambos en la isla de Creta por el rey Minos. Dédalo ha fabricado unas alas para escapar y aconseja a su hijo que no vuele demasiado alto porque la cera de las alas se derretirá con el calor del sol, ni tampoco muy bajo para que el agua no moje las plumas: “inter utrumque vola...”. En *Miscelánea* Valera viene a colocar a “Lolita” en el centro: “Atraída, pues, en

opuestas direcciones, por lo que le decía la carta y por lo que le decía Vicentica, Lola se colocaba en un medio, que no me atreveré yo a calificar de justo, aunque no era injusto tampoco”. Pero esto del término medio en lo tocante al dinero no le cuadra demasiado a Valera y así en *Un poco de crematística* (1870) dice: “... si el dinero es un bien, cuanto mayor sea el bien, debe ser más apetecible, y no se concibe la “aurea mediocritas”, celebrada por Horacio y por todos los poetas de otros tiempos sino recordando que el hombre acaudalado estaba de continuo expuesto a que le matasen o maltratasen para robarle”.

En cuanto al término medio y la vida retirada son definitivas las palabras de Valera en la introducción a *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874): “Entre las infinitas cosas que yo censuraba, era una la afición de ciertos poetas y escritores a encomiar la áurea medianía, el retiro, la vida campestre y el encanto del lugarcillo en que nacieron así como la propensión que muestran a volver a dicho lugar, y a vivir y morir allí tranquilos, ni envidiados ni envidiosos, lejos del mundo y de sus pompas vanas. Cuantos así hablaban se me antojaba que eran hipócritas, que eran como el usurero Alfio o poco menos”. Pero también en este caso es Horacio, nuestro poeta lírico latino, quien elogia el retiro tranquilo al campo para arar “paterna rura”, los campos paternos, “bobus suis”, con sus propios bueyes. De todos es conocida la composición segunda del libro de los epodos: “Beatus ille qui procul negotiis / ut prisca gens mortalium, / paterna rura bubus exercet suis / solutus omni foenore”. (= Dichoso aquél que lejos de los negocios como la antigua estirpe de los mortales, labra los campos paternos con sus bueyes, libre de todo cuidado). Lo mismo nos dirá el traductor de Horacio y Virgilio, nuestro poeta del siglo de oro Fray Luis de León, en su oda *A la vida retirada*: ¡Qué descansada vida / la del que huye el mundanal ruido, / y sigue la escondida / senda, por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido!”. Y lógicamente Valera tiene presente la composición de Horacio; tan la tiene presente que hasta cita su segundo verso y luego casi copia los versos de Fray Luis de León, también en *Las ilusiones del doctor Faustino*: “Desde hace años, lo confieso, ando siempre diciendo que me voy a mi lugar, que deseo vivir allí, “ut prisca gens mortalium”, cuidando del pobre pedazo de tierra que me dejó mi padre en herencia, y casi haciéndolo arar yo mismo por mis bueyes, como Cincinato y otros personajes gloriosos de las antiguas edades. Esto lo decía yo, y lo digo, con sinceridad, hallando preferible a todo aquella “descansada vida”, deseando ser uno de “los pocos sabios que en el mundo han sido”, y no cumpliendo, sin embargo, mi deseo, cuando, al parecer, sólo de mí depende cumplirlo y satisfacerlo”. -Por si fuera poco, Valera nos cita al usurero Alfio, prototipo del avaro, del verso 67 del *Beatus ille*, quien se propone retirarse al campo, “iam iam futurus rusticus”, ya que se veía hecho un labriego, pero a los pocos días busca cómo dar nuevamente su dinero a réditos. Y también Valera conoce a Cincinato: Lucio Quincio Cincinato, patricio romano del siglo V a. C., cultivaba con su esposa las tierras que tenía al lado del Tíber sin preocuparse para nada de la ciudad; se hizo célebre por la sencillez de sus costumbres y su desinterés; pero el año 460 a. C., después de la derrota sufrida por la escuadra romana, se le nombra dictador y a los dieciséis días, una vez resuelta la situación, se retira

nuevamente a sus tierras, sin preocuparse para nada de la política. Otro Cincinato tiene Valera en *Doña Luz* (1878): “El Cincinato electoral -dice- era el famoso amigo mío don Juan Fresco”.

Y ya que andamos con *Las ilusiones del doctor Faustino*, bueno será comentar la expresión -también de la introducción a la novela- que inserta su autor al referirse a un lugar pequeño a donde suele ir de temporada porque allí tiene una capellanía y otros bienes: “Situada la población, cuyo nombre se guarda para mayores cosas...”. Esto de “mayores cosas” es frecuente encontrarlo en nuestro autor en el sentido de cosas más elevadas, un destino más sublime, etc. Lo mismo repite en el preámbulo de *Elisa la Malagueña* (1895) cuando habla del doctor amigo suyo: “Un doctor amigo mío, hábil paleógrafo y eruditísimo helenista, cuyo nombre se guarda para mayores cosas, ha leído entre estos manuscritos, parte de la biografía de cierta moza, llamada Elisa la Malagueña, y me lo ha referido punto por punto”. Estamos inmediatamente recordando el comienzo de la Bucólica IV de Virgilio: “Sicelides musae, paulo maiora canamus” (= Musas sicilianas, vamos a cantar, cantemos temas más elevados). Pero es que Valera utiliza este mismo verso de Virgilio para dar título a una carta que dirige a *El Cócora* en 1860; la titula así: “Paulo maiora canamus”, dejémonos ya de trivialidades, le viene a decir. “Escribo a usted, amigo Cócora, no para decirle chistes con que dar amenidad a su periódico, sino muy seriamente”.

Esta misma frase latina la volvemos a leer en Valera en pasajes tan distantes en el tiempo y tan distintos. En 1857 en sus estudios de crítica literaria habla elogiosamente de las poesías líricas del Marqués de Molins: “Mas el Marqués de Molins ha contado también “maiora” y con tono adecuado”. En el número de *El Contemporáneo* de 14 de abril de 1863 y con el título de “Notas de Sociedad” dice Valera: “Pasemos ahora a la función que dieron el domingo los duques de Medinaceli, y bien podemos decir, aunque los latines no vengán bien tratándose de estos asuntos, “paulo maiora canamus”. Bueno estuvo el baile del señor Calderón; pero la representación de que vamos a hablar hubo de vencerlo, porque se honró con la presencia de dos hermosas majestades: la de nuestra reina y la Poesía, a quienes fuimos todos a rendir culto y admiración en aquella casa”. Valera va ahora a cantar “paulo maiora”; si lujoso fue el baile en los salones de don Carlos Calderón la representación teatral en casa de los duques de Medinaceli es otra cosa, son “paulo maiora”. Pero Valera juega con los términos de la frase que nos ocupa y así en la carta que mensualmente tiene prometida al director de *La Nación* de Buenos Aires de 27 de agosto de 1900 dice: “No siempre ha de estar tendido el arco, ni ha de atenderse sólo a las guerras heroicas como la del Transvaal contra los ingleses, ni a los terribles movimientos revolucionarios en el Extremo Oriente, que tal vez nos amenazan con mayores guerras y trastornos. “Paulo minora canamus”. Vencida y despojada de los últimos restos de su magnífico imperio colonial que ha conservado al fin cerca de cuatro siglos y de cuya desmembración han nacido florecientes repúblicas, consoladora y fundada esperanza de nuestra lengua y raza, España se retrae modestamente y trata con paz y sosiego de recobrar las fuerzas perdidas y la confianza en su destino”. Ya no es, por tanto, la gran potencia colonial que fue,

de ahí que Valera no diga ahora “maiora” sino “minora”, cosas de menor fuste, de menor importancia que los movimientos revolucionarios de Extremo Oriente.

Otro de los versos latinos de que Valera se sirve muy frecuentemente es éste: “Scribimus indocti doctique poemata passim”, (Hor. *Epist.* II, 1, 117). Traducido el verso en su contexto viene a decir: De males es el médico el que entiende, y de carpintería el carpintero; mas en llegando a hablar de poesía lo mismo charla el tonto que el discreto, “indocti doctique”, los indoctos y los doctos, o sea, que cualquiera es bueno para hablar de poesía sepa o no sepa del tema.

Son varias las veces que encontramos el verso de Horacio en Valera, generalmente en sus escritos de crítica literaria, alguna vez el hexámetro completo y todas las palabras en su lugar exacto, pero casi siempre modificado o simplificado por él a su gusto y medida. En sus *Reflexiones críticas sobre los discursos de Cañete y Segovia II*, de 1859, vemos el verso completo de Horacio y totalmente correcto: “Finalmente, es mucha verdad que en el día no faltan ignorantes que presumen de escritores y dan a la estampa sus obras. Pero, ¿cuándo han faltado? Horacio, ¿no decía ya: “Scribimus indocti doctique poemata passim? -Lope, si mal no recuerdo, ¿no veía ya en su época en cada esquina cinco mil poetas? ¿Qué remedio se puede poner a esto como no sea negar licencias de escribir como se niegan licencias de escopeta?” -En la VI de *Cartas de Madrid* de 20 de diciembre de 1859 dice Valera que es una crueldad la crítica ya que no dan más que desabrimientos los libros: “¡Pues no faltaba más! ...No, señor puesto que rara vez hay premio, que no haya nunca castigo. Nosotros también escribimos, “scribimus doctique indocti”. Aquí Valera ya suprime los de “poemata” y generaliza refiriéndose a la poesía como a la prosa. -En *Revista dramática V* de 24 de noviembre de 1861 dice Valera: “En España ha vuelto a ser tan fácil escribir versos, que todos somos poetas líricos: “Scribimus doctique indocti poemata passim”. Aquí sólo cambia “docti” con “indocti”. -En su crítica literaria a *Los miserables* de Víctor Hugo, III, de 1862 dice que todos, “doctique, indoctique” hablamos de *Los miserables* de Víctor Hugo. -Una quinta referencia al verso horaciano encontramos en la IX Carta a *El Correo de España* de Buenos Aires de 4 de agosto de 1897: “Es verdad que ahora hay muchos ignorantes que escriben; pero siempre ha sucedido lo mismo. Ya lo dice Horacio: “Scribimus doctique indoctique passim”. -Como vemos, don Juan Valera viene a recomendar aquello de “zapatero a tus zapatos”, si bien él fue siempre indulgente en sus críticas para con los demás escritores.

En la novela de Bellamy, a que hicimos antes alusión, se discute cuándo llegará a cumplirse el utópico plan propugnado en ella de que se convierta en hacienda pública cuanta hacienda haya. Pues bien, siguiendo en el mismo texto y sin solución de continuidad dice Valera que en el año 2000 tampoco habrán llegado los hombres al término de su carrera sino que habrán dado un gigantesco paso más, un salto estupendo y, a su vez, peligroso en ese camino cuya meta final él ni pone ni descubre, y a continuación suelta, cita el conocido hexámetro de Virgilio, el 278 del libro I de la *Eneida*: “His ego nec metas rerum, nec tempora pono”, en que Júpiter revela a Venus el glorioso destino reservado a Roma: Al poderío de los romanos, dice Júpiter, no voy a ser yo quien le ponga límites ni el espacio ni en el

tiempo, “nec metas rerum, nec tempora”. -Pero es que en *Las mujeres y las academias* (1891) trae nuevamente a colación Valera el verso virgiliano: “Pero no termina aquí -dice- la acción bendita de la mujer en el movimiento civilizador, ni se agotará nunca, el raudal de sus beneficios”. Y añade: “His ego nec metas rerum, nec tempora pono”. “En no remoto porvenir columbro ya para la mujer triunfos más señalados que todos aquéllos de los que ya hice breve y precipitada recapitulación”. Si don Juan Valera levantara la cabeza a más de un siglo de distancia... -Nuevamente encontramos el mismo verso de Virgilio, completo ahora con parte del siguiente, en el trabajo de crítica literaria que Valera titula: *Del progreso en el arte de la palabra*. Aquí reconoce él que ha ido demasiado lejos en sus consideraciones sobre algunas novelas que, a su juicio, no valen nada: “Acaso en el ardor de la contienda, he ido más lejos del punto a donde debía ir. Voy yo a corregirme y a enmendarme. Diré de los ingenios lo que, en nombre de la misma divinidad, Virgilio decía de los romanos, y lo diré en igual sentido: “His ego nec metas rerum, nec tempora pono; / imperium sine fine dedi”. No quiero ni debo poner barreras, meta, ni a modo de columnas de Hércules al ingenio de los hombres, escribiendo “non plus ultra” en dichas columnas”.

En el *Arte Poética* de Horacio hay una frase, (parte de los versos 404 y 405) a la que Valera acude con mucha frecuencia. Está hablando Horacio de los poetas, de cómo se consideraron divinos ellos y sus versos; de ahí que las respuestas de los oráculos se dieran en verso, confiriéndoles así mayor importancia y solemnidad. Esta es la frase: “dictae per carmina sortes, / et vitae monstrata via est”, que viene a decir que los oráculos dieron sus respuestas en verso y así manifestaron el camino de la vida. - Cuando Valera en sus *Consideraciones críticas sobre el libro “Gritos de Combate”* de Núñez Arce (1875) habla de las clases de poesía, afirma que los poetas gnómicos florecieron en los albores de la civilización pero no ahora cuando el saber está reducido a sistema y método, y añade: “Esto no quita que aún ahora la poesía siga enseñando; que aún podamos decir de ella con Horacio: “Dictae per carmina sortes, / et vitae monstrata via est”. -Lo mismo dice Valera en la lección segunda sobre *Filosofía del arte*, de las dadas en el Ateneo de Madrid: “Aún podemos decir con Horacio: “Dictae per carmina sortes”, si no queremos negar al linaje humano la espontaneidad y la iniciativa”. -En la *Originalidad y el plagio, III*, (1876) abunda Valera en el mismo tema: “En efecto, dice, aquella autoridad de que se revestían los antiguos sabios, aquel solemne magisterio con que pronunciaban como oráculos máximas en verso que habían de servir de norma y ley de vida, ya han desaparecido. Ya no es posible afirmar con el lirismo venusino: “Dictae per carmina sortes, / et vitae monstrata via est”. -Al hablar de los *Poetas líricos españoles del siglo XVIII* (1869) don Juan Valera cita los versos de Horacio como un proverbio ya muy conocido y añade ahora un verso más, éste de los *fastos* de Ovidio (Fast. 6, 5). Estas son sus palabras: “Nacía de aquí entre el vulgo y aun con frecuencia entre los poetas mismos, un concepto de la poesía muy humilde, harto contrario a aquél tan encumbrado que formulaban los grandes poetas clásicos en versos que han quedado como proverbios de puro sabidos y repetidos; por ejemplo: “Est deus in nobis, agitante calescimus illo” (Hay un dios en nosotros;

cuando él se agita, nos enardecemos) y “Dictae per carmina sortes, /et vitae mostrata via est”.

Continuando con el análisis de la obra de Valera, hay una expresión de tres palabras muy conocida a la que recurre nuestro autor en diferentes momentos: “sunt lacrimae rerum”; literalmente tiene poco sentido; sería: son las lágrimas de las cosas, pero es que el genitivo “rerum” tanto si lo consideramos de referencia como si lo interpretamos como genitivo objetivo de “lacrimae” no tiene buena traducción. Ya el filósofo alemán Theodor Haecker, el estudioso del existencialista danés Sören Kierkegaard, afirmaba que este medio verso latino (Virg., *En.*, I, 462) era el más intraducible de la *Eneida*: más aún, de toda la literatura romana. Las traducciones más frecuentes lo interpretan como genitivo objetivo: Hay lágrimas para nuestras desgracias, hay compasión para los infortunios, y hasta para una mejor comprensión del texto se suele añadir a “rerum” el adjetivo “humanarum”. El contexto es el siguiente: Eneas, tras el desastre de la guerra de Troya, huye hacia occidente y en su peregrinaje viene a recalar en las costas de África. Allí la reina Dido está construyendo la ciudad de Carthago y en el palacio Eneas recorre con la mirada, “lustrat”, y admira, “miratur”, las decoraciones que reflejan plásticamente los principales episodios de la guerra de Troya. Eneas se conmueve y en un momento, “lacrimans”, con lágrimas en los ojos, dice entre otras cosas lo de “sunt lacrimae rerum”. Aquí podemos interpretar el texto de dos formas: como ya se ha dicho, o bien que Eneas al ver aquellas escenas representadas exclamara: ¡Qué vida ésta! -¡Vaya “juerga” que nos corrimos en Troya!; pero, claro, eso sería con el medio verso sólo; pero precisamente así es como lo vemos en la obra de don Juan Valera. Hasta un capítulo de *Las ilusiones del doctor Faustino*, el XXIV, lo titula él con estas tres palabras: “sunt lacrimae rerum”. Antes y en este capítulo el novicio Joselito le está contando a don Faustino sus infortunios: sus amores con Juanita, el asesinato del mayorazgo, su condena, el hecho de que María -su presunta hija- se enamora de él, etc. Joselito se hace una serie de preguntas para las que ni él ni don Faustino tienen respuesta... “Sunt lacrimae rerum”, así es la vida. -Habla Valera en sus estudios de historia y política “Sobre la política de *El Contemporáneo* (1863) y en la carta II se refiere a la revolución italiana en la que se produce la caída del rey de Nápoles y la victoria de Víctor Manuel, y al final exclama: “¿Qué hemos de hacer ahora sino repetir aquello de “sunt lacrimae rerum?” -Cuando en sus *Notas Diplomáticas* (1897) habla de la derrota de Grecia por Turquía dice que más llano hubiera sido arreglarlo todo antes que después de la guerra; pero ya no hay remedio”. “Nunca mejor que ahora, añade, puede citarse la tantas veces citada frase de Virgilio: “Sunt lacrimae rerum”, así es la vida.

Hay en Valera otra expresión a la que acude muchas veces para enlazar con lo precedente, para cambiar de tema o bien simplemente como frase de transición: “Como quiera que fuese”, “sea lo que fuere”, “como quiera que sea”, “de cualquier modo que sea”, “sea de esto lo que se quiera”. Así, en *Morsamor* (1897), capítulo VIII de *Las Aventuras*, don Juan Valera está retratando a Donna Olimpia: “Como quiera que fuese -afirma- Donna Olimpia, según hemos dicho, tenía la conciencia muy estrecha y jamás faltaba a sus compromisos, a no ser sorprendi-

da por irrupciones y agresiones inesperadas y violentas”. Por cierto, esta segunda parte de *Morsamor* la encabeza Valera con una cita de *Os Lusíadas* de Camoens y otra de la *Bucólica* IV de Virgilio: “Alter erit tum Tiphys, et altera quae vehat Argo delectos heroas”, (vs. 34-35) (Habrá entonces un segundo Tiphys y una segunda nave de los argonautas que trasladará a la élite de los héroes). -En sus estudios de crítica literaria se ocupa (1859) de la traducción al castellano por Salvador Costanzo del *Anfitrión* de Plauto y la *Andriana* de Terencio y al tratar del *Anfitrión* dice: “En suma y de cualquier modo que sea, fuerza es convenir en que la comedia *Anfitrión*... etc. etc.”. -Cuando Valera contesta a don Francisco Commelerán en su discurso de ingreso en la Real Academia Española -ya hablamos de este trabajo- hace referencia a sus obras, entre ellas al *Diccionario latinoespañol etimológico* y después de extenderse en esta obra concluye: “Como quiera que sea, no puede negarse que el *Diccionario* del señor Commelerán será hermoso y útil monumento, levantado a los estudios clásicos en la patria de Vives, de Nebrija, de Ginés de Sepúlveda y de Mariana”. -Estas mismas expresiones de transición son las que leemos, por citar sólo dos ejemplos, en la *Eneida*, II, 49: “Quidquid id est, timeo Danaos et dona ferentes”; está Laoconte tratando de convencer a los troyanos de que el caballo de madera es un ardid bélico de los griegos, no una ofrenda a la diosa, y les dice sobre el caballo: “Sea de él lo que fuere, temo a los griegos incluso cuando traen ofrendas”. En el libro V, 709, al hablar de los vaivenes de la fortuna usa Virgilio el mismo pronombre indefinido, de indeterminación: “Quidquid erit, superanda omnis fortuna ferendo est” (Sea cual fuere, forzoso es vencerla con paciencia).

Y como hemos aludido a Plauto y Terencio, bueno será insertar aquí lo que Valera piensa en ese mismo trabajo de crítica literaria sobre las traducciones de los clásicos: “Es de desear que las traducciones del señor Costanzo y el buen éxito que deben tener sirvan de estímulo a algún rico editor, cuando no a la misma Academia Española, para hacer y publicar las de todos los clásicos latinos y griegos, los cuales salgan en colección con el texto y la versión al lado”[...] -“En España debiera llevarse a cabo esta empresa, ya porque no hay nación civilizada que no haya pagado semejante tributo de admiración a nuestros antiguos maestros en artes y literatura, ya porque el latín y el griego acudan al francés para enterarse de las obras escritas en aquellos sabios idiomas, ya porque muchos escritores latinos, como los Sénecas, los Lucanos y los Silio Itálicos, fueron españoles y parece justo que al cabo les hagamos hablar digna y fielmente en nuestra lengua vernácula”.

En los libros de historia antigua o de instituciones griegas y romanas, pero especialmente en lo que se refiere al campo de la literatura, es frecuente afirmar que Roma se apoderó de Grecia, pero que a su vez, Grecia conquistó al fiero vencedor con su superior cultura. Están en ese caso haciendo uso de un hexámetro horaciano, precisamente de la misma epístola del “indocti doctique” que ya comentamos: la epístola primera del libro II, versos 156-157: “Graecia capta ferum victorem cepit, et artes intulit agresti Latio”. (Grecia conquistada conquistó al fiero vencedor e introdujo las artes en el agreste Lacio). Juan Valera aplica estos

versos en distintas ocasiones y para temas dispares: Cuando habla de “El Centenario” en sus *Estudios Críticos de Historia y Política* dice que así como la grandeza de Grecia pasó a Italia, lo misma pasó de Italia a España y aquí introduce la cita: “Pudo repetirse -afirma- lo de Horacio: “Capta ferum victorem cepit”. -También en “El Concepto sobre España” de *Historia y Política* cita Valera este verso y medio, ahora completos: “Lo que hay que extrañar no es que el Imperio griego cayese en el siglo XV, sino que durase hasta entonces. Y lo que hay que admirar es que fuese tan benéfico y tan generoso en su caída, legando la civilización al occidente de Europa y haciendo, como dice un historiador de aquella época, Felipe de Commines, que otra vez se pudiese repetir con verdad: “Graecia capta ferum victorem cepit et artes / intulit agresti Latio”. -Una tercera alusión a estos versos de Horacio usa Valera: cuando quebrantado ya de salud -le faltaban exactamente cuatro meses para morir- pronuncia su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre Cánovas del Castillo y allí pone en boca del insigne historiador y ensayista lord Macaulay estas palabras: “En la literatura de España ocurrió revolución no desemejante a la que, según nos cuenta Horacio, tuvo lugar en la poesía latina: “Capta ferum victorem cepit”.

Mas cuando Valera hace un alarde de erudición -sin proponérselo- es al hablar de “La originalidad y el plagio II” (1876) en sus estudios de crítica literaria. Viene a concluir que si para escribir hubiera que decir cosas que nadie hubiera dicho antes, no habría persona que se atreviera a coger la pluma. Son muchos los ejemplos que Valera aporta al efecto, que sería muy largo comentar; pero como para muestra basta un botón, allá va: “Góngora en sus Soledades dice: “Su vago pie de pluma / surcar pudiera mieses, pisar ondas, / sin inclinar espiga, / sin violar espuma”. “Es evidente imitación -afirma Valera- o mejor dicho, copia de Virgilio (*Eneida*, lib. VII), donde dice, hablando de Camilla: “Illa vel intactae segetis per summa volaret / gramina, nec teneras cursu laeisset aristas, / vel mare per medium, fluctu suspensa tumentis, / ferret iter, celeres nec tingeret aequare plantas”. Virgilio, a su vez lo tomó de Homero (*Iliada*, 20)”. En efecto, esto es así: Virgilio en los últimos versos del libro VII de la *Eneida*, concretamente los versos 809-812, describe a la heroína Camilla que ayuda a Turno, rey de los rútuos, en su lucha contra Eneas. Este es el texto latino traducido que Valera menciona más arriba: “capaz hubiera sido [Camilla] de volar por cima de las mieses sin tocarlas ni doblengar tiernas espigas y de cruzar el mar, suspendida sobre las hinchadas olas, sin mojar en él las veloces plantas”. Pero es que vamos a Homero, al canto XX de la *Iliada*, y allí tenemos ciertamente el origen último de los versos gongorinos. Se aperciben para el combate aqueos y teucros, griegos y troyanos; es el canto del combate de los dioses y en las palabras que se cruzan Aquiles y Eneas aparecen los versos que comentamos. Está explicando Eneas a Aquiles cuál es su linaje y con quién ha de vérselas, (=ὄφρ’ ἐν εἰδῆς / ἡμετέρην γενεήν...) y se refiere a Dárdano y a su hijo, el rey Erictonio, el más opulento de los mortales, y dice: “poseía tres mil yeguas, que, ufanas de sus tiernos potros, pacían junto a un pantano. El Bóreas enamoróse de algunas de las que vio pacer y, transfigurado en caballo de negras crines hubo de ellas doce potras”. Y aquí viene la cita en la que

se inspira Virgilio y después Góngora:

“αἰ δ’ ὅτε μὲν σκιρτῶεν ἐπὶ ζεῖδωρον ἄρουραν, /
 ἄκρον ἐπ’ ἀνδερῖκων καρπὸν θεόν οὐδὲ κατέκλων. /
 ἀλλ’ ὅτε δὴ σκιρτῶεν ἐπ’ εὐρέα νῶτα θαλάσσης, /
 ἄκρον ἐπὶ ῥηγμῖνος ἀλὸς πολιοῖο θέεσκον.”

(=Doce potras que en la fértil tierra saltaban por encima de las mieses sin romper las espigas, y en el ancho dorso del espumoso mar corrían sobre las mismas olas).

Estamos tratando, estamos ocupándonos de otro Valera diferente, no del Valera costumbrista que también, sino del Valera profundo, del Valera clásico, de la mente más lúcida, de “la figura más completa de ideas de todo el siglo XIX”, utilizando palabras de Julián Marías. Y en este deambular por su obra prácticamente nos perdemos porque todo rezuma erudición y conocimiento de los autores clásicos. Así en sus estudios de crítica literaria nos habla, por ejemplo, del *Horacio en España* de Menéndez y Pelayo; comenta otra vez, como ya dijimos, las traducciones al castellano de dos comedias. Una de Plauto (*El anfitrión*) y otra de Terencio (*La Andriana*) por Salvador Costanzo; comenta igualmente *La muerte de César*, tragedia de Ventura de la Vega; “La Originalidad y el Plagio”, a que también aludimos etc. y son muchas las frases, las sentencias, los proverbios que, salidos de boca de los poetas latinos, tomaron carta de naturaleza y han llegado hasta nosotros con la frescura original con que se escribieron. Aquello de “Tu Marcellus eris...”, tú serás Marcelo, es utilizado en español cuando se formula una promesa que no tendrá cumplimiento. Lo utiliza Virgilio en el libro VI de la *Eneida*, verso 883, quien pone en boca de Anquises estas tres palabras cuando al visitar Eneas los infiernos le muestra al joven Marcelo, hijo de Octavia, la hermana de Augusto. Parece que Augusto pensaba hacerlo su sucesor, pero este proyecto no pudo realizarse porque Marcelo murió muy joven, a los dieciocho años. Pues bien, Valera en el “Elogio de Cánovas del Castillo” dice: “Yo tengo por cierto que si las almas de los graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores cuando, según la ficción poética de Virgilio moraban en el Elíseo, aguardando su nueva encarnación y aparición sobre la Tierra, hubiesen encontrado las almas de otros jefes españoles de nuestros días, acaso en vez de desdeñarlas por inferiores las hubieran respetado por iguales, diciendo con amor alguna de ellas: “...Si qua fata aspera rumpas, / Tu Marcellus eris; manibus date lilia plenis”. (Si logras vencer el rigor de los hados, tú serás Marcelo; dadme lirios a manos llenas). En otro momento de su obra Valera se ocupa de los versos del Duque de Frías y cuando se refiere al fragmento de “La muerte de Felipe II”, en que los hispanoamericanos se alzan contra la madre patria, poema leído en 1832 en presencia del rey Fernando VII, no sólo menciona el verso latino en cuestión, sino también mitad del anterior y mitad del posterior: “Quiere suponerse -dice Valera- que el rey, al oír aquel trozo, se conmovió en extremo y dio ocasión a un caso no menos patético que el ocurrido en Roma cuando leyó Virgilio el libro VI de la *Eneida* en presencia de Augusto y de su hermana Octavia. Así como Octavia lloró al oír: “...si qua fata aspera rumpas, /Tu Marcellus eris; manibus

date lilia plenis: / purpureos spargam flores...” (... permitidme _que esparza sobre él purpúreas flores), Fernando VII lloró al oír “Españoles seréis, no americanos” y lo demás que sigue.

Otra expresión, también ésta de tres palabras, utiliza Valera con frecuencia, ahora tomada de Horacio (*Od.* III, 30, 6): “Non omnis moriar...”, frase en la que en cierto modo se garantiza la inmortalidad: No moriré todo entero, algo de mí sobrevivirá. Aludiendo a que le sobrevivirá su obra poética. Valera, en sus *Estudios sobre la Edad Media*, cita el verso entero de Horacio y parte del siguiente: “Si queremos -dice- algo en nuestra inmortalidad que conserve más de nuestro individuo, debemos contentarnos con los hijos que engendremos, o con las ideas que engendre nuestro espíritu, o con las obras de arte o de virtud que a la posteridad transmitamos”. Y añade: “Sólo en este último sentido es lícito a un hombre de juicio y de ciencia decir hoy, como el lírico de Venusa: “Non omnis moriar, multa que pars mei / vitabit Libitinam”. (No moriré entero y mucho de mi ser se escapará de Libitina). -En los estudios de crítica literaria “De la Poesía del Brasil” y al ocuparse de Basilio de Gama dice que este poeta si no es grande es muy estimable y digno de la inmortalidad que él mismo se vaticina al acabar su obra con unos versos y añade: “...Versos que son el “non omnis moriar” de Horacio, más modestamente repetido”.

Y si hemos hablado del verso sexto de esta oda, también menciona Valera el verso primero de la misma y con igual motivo; es éste: “Exegi monumentum aere perennius” (He levantado un monumento más duradero que el bronce). Horacio al terminar sus tres primeros libros de poesías, que finalizan con esta oda 30, promete, augura para su propia obra la inmortalidad. Don Juan Valera en sus “Notas biográficas y críticas sobre Leandro Fernández de Moratín” exclama: “¡Cómo extrañar que Moratín, cuya crítica precede a la inspiración y la ilumina, reconozca y celebre su propio mérito, no con tanta soberbia, pero no con menos claro convencimiento que su maestro Horacio!. Nada dice Moratín que se parezca al “Exegi monumentum aere perennius”. -Cuando Valera se ocupa del *Horacio en España* de Menéndez y Pelayo tiene también presente el asclepiadeo menor de Horacio. Habla de los dos entusiasmos de Horacio, el de la grandeza de Roma y su amor a la belleza poética en sí misma y agrega: “Por estos dos entusiasmos vaticinó, sin provocar la burla de nadie, y logró que el vaticinio se cumpliera, cuando exclamó: “Exegi monumentum aere perennius”.

Citaré, aunque ya más brevemente porque hay que terminar, otras alusiones a autores latinos. Y la primera que se me viene a la mano es el verso 260 del libro I de la *Eneida*: “Longius et volvens fatorum arcana movebo” (Voy a revelarte, tomándolos desde muy atrás, los arcanos del porvenir). Este verso lo usa Valera en el “Elogio de Cánovas del Castillo” (1904), en que sin citarlo dice de Virgilio que es el más elegante y sublime de los poetas latinos; lo utiliza también en *Poesías* de Menéndez y Pelayo (1882) y en “Las mujeres y las Academias” (1891).

Otra expresión utilizada por Valera es el verso 851 del libro VI de la *Eneida*: “Tu regere imperio populos, ...” La misión de Roma es gobernar a los pueblos con su poder. En dos pasajes de la obra valeriana leemos el mismo texto: “El arte

mayestático, el “regere imperio populos”, no fue mejor entendido por los romanos en los más brillantes días de la República, que por Gonzalo, Cisneros, Cortés y Alba”. Aquí curiosamente hay que decir además que Valera utiliza “mutatis mutandis” casi una misma página completa en dos obras distintas: en el “Centenario” de *Estudios Críticos de Historia y Política* (1892) y en el ya citado “Elogio de Cánovas del Castillo” (1904).

Dos fábulas de Fedro utiliza Valera, la una y la quinta del libro I: la del lobo y el cordero cuando habla de los Estados Unidos y Cuba (“Notas diplomáticas” VII, de 1897) y la de la vaca, la cabra, la oveja y el león, de la que cita el primer verso: “Numquam est fidelis cum potenti societas” (Nunca es fiel la alianza con el poderoso), cuando la decaída nación de los Reyes Católicos y de Felipe II pretende alianzas con otros países (“Notas diplomáticas”, VI de 1897 también).

En *La Cordobesa* Valera nos habla de los maridos y afirma que jamás carece ninguno de pretexto para estar ausente de su casa la mitad del año; y entre los pretextos, uno es irse de cacería “...sub Iove frigido, teneris coniugis immemor” (... al sereno frío, olvidándose de su tierna consorte), versos 25 y 26 de la oda primera del libro I de Horacio.

Y cómo no referirnos a la conocida expresión latina de “mens sana in corpore sano”? -Es el lema de los deportistas y hasta el nombre propio de algún club. Pues bien, Valera usa este verso de Juvenal, Sátira X, 356, en sus estudios de crítica literaria “Vida de Lord Byron” de Castelar para argumentar que cualquier padecimiento físico repercute inevitablemente en el espíritu; de ahí que toda obra de arte o del ingenio suponga lo que pedía a los dioses el satírico latino: “mens sana in corpore sano”.

También es frecuente oír aquello del “veni, vidi, vici” para decir que tal o cual acontecimiento fue un paseo militar y ocurrió en un santiamén. Estos tres verbos los utiliza Suetonio (*Caes.*, 37, 2): “Cuando celebró [César] su victoria sobre el Ponto, veíase entre los demás ornamentos triunfales un cartel con las palabras “veni, vidi, vici” (llegué, vi y vencí), que no expresaban como las demás inscripciones los acontecimientos de la guerra, sino su rapidez”. De esta expresión y con el mismo sentido se sirve Valera para describir al general Pérez en *Las ilusiones del doctor Faustino*: “El general Pérez se juzgaba un César y el vine, vi y vencí no se le apartaba del pensamiento cuando no de los labios”.

Así podríamos continuar la noche entera porque don Juan Valera conoce perfectamente a todos los autores latinos y a todos los tiene presentes en su obra. El se permite encabezar en el *Amor puesto a prueba* la escena IV del acto primero con la frase del *Eclesiastés*, puesta en boca del padre Clemente: “Vanitas vanitatum et omnia vanitas” (Vanidad de vanidades y todo vanidad), que siglos más tarde tomará San Juan Crisóstomo para su primera homilía en defensa de Eutropio:

“Ματαιότης ματαιοτήτων, καὶ πάντα ματαιότης.”

Hasta la receta del gazpacho la retrotrae Valera a su poeta preferido, a Virgilio, como dice en *La Cordobesa*: “No era más que gazpacho lo que, según Virgilio, en la bucólica II, preparaba Testilis para agasajo y refrigerio de los fatigados segadores: “Thestilis et rapido fessis messoribus aestu / alia serpyllumque, herbas contundit

olentes” (=cuando Testilis maja ajos y tomillo y yerbas olorosas para los segadores fatigados por el ardiente estío).

Y termino. No cabe duda de que estamos en presencia de la figura más completa de ideas de todo el siglo XIX, de un autor clásico como el que más, del que una vez dijo en Cabra, en su patria chica, Julián Marías: “Si los españoles poseyeran de verdad a Valera -que no lo poseen-, si llevaran dentro a Valera, España sería un país más civilizado, más tolerante, más abierto, más poroso y más divertido”.

Muchas gracias.